

José Luis Sampedro

Al escribir estas líneas, me alejo del ritual y trato de tomar distancia para destilar algunos rasgos de la trayectoria de José Luis Sampedro como científico social, que pueden servirnos de ejemplo en tiempos de confusión.

Ángel Martínez González-Tablas es presidente de FUHEM

Nunca plantó su tienda en el predio de ninguna ortodoxia, con los pros y los contras que eso acarrea. Fue estudioso, culto y buen conocedor de quienes antes que él o coetáneos abordaron los temas que le interesaban, pero su espíritu libre y la originalidad de su mirada le llevaron a moverse transversalmente entre las grandes escuelas y corrientes de pensamiento, sin el cobijo que proporciona acotación de campo, categorías, lenguaje y criterios de valoración con comunidades científicas establecidas. Concienzudo lector, se acercó a Smith, a Marx, a Marshall, a Keynes y de todos, por acuerdo o por discrepancia, extrajo algo, aunque tal vez no llegara a profundizar en algunas cuestiones importantes, como el significado de la ruptura entre las escuelas clásica y neoclásica o las diferencias que subyacían en las aportaciones de Keynes y Kalecki.

Cuando en Economía se había extendido un amplio consenso, que hacía que todo girara en torno a la riqueza, a la asignación de recursos limitados para conseguir optimizar fines alternativos, Sampedro sacudió el yugo y reivindicó que la referencia y el énfasis debía ponerse en el ser humano y en el hambre, en la satisfacción de las necesidades reales y no en una demanda conformada por el ánimo de lucro de los pudientes, en la que sólo los que tenían capacidad para expresarse monetariamente podían llegar a satisfacerlas.

La formalización de las relaciones económicas, su cada vez más sofisticada expresión matemática, fue asentándose como el único itinerario por el que parecía que la Economía podía ascender en su estatus científico, aunque para ello necesitara simplificar más y más los modelos, desprenderse de cualquier realismo en las hipótesis, olvidar las limitaciones de los análisis parcia-

les, expulsar la incertidumbre, vaciar de contenido social a los procesos, perder capacidad de contrastación realmente significativa. En un contexto tan adverso, Sampedro no tiró al niño con el agua sucia, supo valorar lo que la lógica formal aporta al análisis, pero sostuvo contra viento y marea que los procesos económicos más relevantes acontecen en el espacio de relaciones sistémicas en las que el entorno, las interdependencias y las propiedades emergentes derivadas del sistema adquieren una importancia determinante, hasta el punto de que ignorarlas niebla la comprensión y empobrece la capacidad de intervención.

El énfasis en lo que la realidad tiene de profundo y subyacente, en su estructura, siempre ha sido difícil de conciliar con el carácter dinámico de los procesos –y ahí está para comprobarlo el ejemplo de los estructuralistas– como si lo duradero fuera un lastre para comprender el cambio que todo lo impregna. Tal vez Sampedro no llegara a resolver de forma plena y conceptual esta dificultad, pero en la práctica la atenuó a través de la importancia que atribuyó a la dimensión histórica, para él nutriente imprescindible para entender el presente y las tendencias evolutivas. Así, cuando hablaba de análisis histórico estructural no expresaba un oximoron sino que asumía una tensión inevitable y se aplicaba a navegar en ella, sin renunciar a ninguno de los dos componentes.

Sampedro fue un economista en la acepción más noble del término. Se afanó por desentrañar las relaciones y los comportamientos que proporcionan los bienes y servicios sobre los que se asienta la existencia social de los seres humanos, pero desde sus inicios tuvo la lucidez y la humildad de reconocer que la Economía para serlo plenamente, tenía que dialogar y alimentarse del saber y la perspectiva que proporcionan otras ciencias sociales, como la demografía, la geografía, la política, la sociología, el institucionalismo, unas visiones complementarias que siempre irrigaron su discurso.

Sería excesivo pretender que Sampedro fue en su tiempo un economista ecológico, en el sentido que hoy daríamos al término, pero es un hecho que su valoración de la aportación de los fisiócratas, que insertaban la economía en la naturaleza, y su enfoque estructural y sistémico fueron jalones que le permitieron evolucionar, sin negarse a sí mismo, hacia una radical aceptación del carácter abierto del sistema económico y hacia una denuncia argumentada de la amenaza que para el buen funcionamiento de los ecosistemas representa la ciega maquinaria puesta en marcha por la ideología de un progreso concebido de espaldas a la naturaleza, sordo a la evidencia del carácter limitado de muchos recursos, impasible ante la obstinada transgresión de las fronteras de la renovabilidad, ajeno a la evidencia científica de la producción conjunta de bienes y residuos, a las leyes de la termodinámica, a la imposibilidad de un crecimiento exponencial en un entorno finito.

En una etapa tan temprana como 1967, se ocupó de identificar y de analizar las que entonces veía como las fuerzas económicas de nuestro tiempo –explosión demográfica,

aceleración técnica, evolución social— abriendo el camino que nos ha permitido a algunos de sus discípulos identificar, años más tarde, las fuerzas estructurantes que conforman y determinan la posible evolución de la economía mundial actual: dimensión ambiental de la existencia social, revolución tecnológica de la información y la comunicación, globalización y financiarización. Algo que difícilmente hubiéramos podido hacer sin apoyarnos en sus aportaciones previas.

La actitud científica que late detrás de las posturas comentadas le permitió lanzar miradas novedosas a temáticas ampliamente transitadas, como puede ser el caso del subdesarrollo o de la inflación, haciendo otra lectura de las mismas, descubriendo ángulos oscuros, relaciones ocultas, posibilidades ignoradas.

Todos sabemos lo difícil que es compatibilizar flexibilidad evolutiva y coherencia, porque sólo el dogmatismo puede prescindir de la primera, pero en la relajación de la segunda busca su nicho el oportunismo. Como científico social, Sampedro no permaneció anclado a un cuerpo petrificado de criterios, hipótesis, tesis y propuestas, hay formulaciones del Sampedro tardío que no estaban presentes en el Sampedro joven o maduro, pero eso es un rasgo de la ciencia, alejada de certezas, abierta al rigor metodológico, a la contrastación, al aprendizaje y a la rectificación. En cambio, José Luis Sampedro nunca perdió los valores que inspiraron sus primeros trabajos, pudo mudar de piel pero nunca cambió de chaqueta, siempre se mantuvo fiel a sí mismo, a los desposeídos, en medio de los cantos de sirena que escuchó en su longeva existencia. El resto son anécdotas, la condición humana hecha vida.